



Alteridad y descentramiento culturales

Author(s): Nelly Richard

Source: *Revista Chilena de Literatura*, No. 42 (Aug., 1993), pp. 209-215

Published by: [Universidad de Chile](#)

Stable URL: <http://www.jstor.org/stable/40356723>

Accessed: 25/07/2013 14:40

Your use of the JSTOR archive indicates your acceptance of the Terms & Conditions of Use, available at <http://www.jstor.org/page/info/about/policies/terms.jsp>

JSTOR is a not-for-profit service that helps scholars, researchers, and students discover, use, and build upon a wide range of content in a trusted digital archive. We use information technology and tools to increase productivity and facilitate new forms of scholarship. For more information about JSTOR, please contact support@jstor.org.



Universidad de Chile is collaborating with JSTOR to digitize, preserve and extend access to *Revista Chilena de Literatura*.

<http://www.jstor.org>

ALTERIDAD Y DESCENTRAMIENTO CULTURALES

Nelly Richard
Crítica cultural

¿Tiene validez hablar de postmodernidad en América Latina o sólo recaemos en el vicio imitativo de la dependencia periférica al emplear una categoría sobremarcada por su inscripción metropolitana y por lo tanto cómplice de la discursividad primermundista? ¿Es sólo el postmodernismo una referencia ajena-enajenadora que tergiversa la conciencia latinoamericana de lo “propio” o sirve de *cita* para que nos “a-propieemos” de ella mediante el gesto descolonizador de la refuncionalización cultural? ¿Cuáles son las alternativas de pensamiento latinoamericano que una relectura contextualizada —situacional— del debate postmoderno libera y potencia como estrategias periféricas de resistencia y cuestionamiento a las centralizaciones metropolitanas? ¿Qué tensiones de ese debate revitalizan una reflexión local sobre problemáticas *nuestras*: modernidad, cultura, democracia, etc.?

Estas son algunas de las preguntas que atraviesan la reflexión continental sobre las derivaciones, adaptaciones y reconversiones del tema postmoderno en América Latina. Preguntas cuyas respuestas a la circulación de discursos internacionales puestos en vigencia por la oferta metropolitana hacen la diferencia entre el consumo acrítico (pasivo, mimético) y la recepción diferencial (transformadora, cuestionadora).

Los argumentos que explican la reticencia latinoamericana frente al tema postmoderno son conocidos. Primero, los desajustes entre la regularidad del formato de desarrollo histórico de la modernidad europea y los sobresaltos de sus réplicas latinoamericanas que entrecrocán temporalidades siempre heterogéneas, tornarían abusivo cualquier recurso a una misma nomenclatura sobreimpuesta (la regulada por la consecutividad de los “pre” y de los “post”) porque su ordenamiento y comprensión lineales de secuencias uniformes resulta incompatible con la discontinuidad y fragmentariedad latinoamericanas. No cabría hablar de postmodernidad en América Latina, ya que la misma modernidad se presenta aquí no sólo desigual sino también *inconclusa*, y no admite por lo tanto el sello concluyente de un “post” que pretende rematar lo moderno en un “después de” (acabamiento y superación). No habría calce posible entre ese “post” finiquitador de series que ofrece un rebasamiento de época y la fallida materialización latinoamericana de una modernidad trunca. Pero el descalce no sólo viene de la disparidad de experiencias (continuidad, discontinuidad) que confeccionan los antecedentes del juicio a cada modernidad: la central y la periférica. También remite a la imposibilidad de que América Latina se reconozca en la postmodernidad como señalamiento epocal de un conjunto de rasgos que surgen del hiperdesarrollo capitalístico del Norte postindustrial: un Norte saturado de bienes de mercado y rebalsante de imágenes mediáticas que choca con las economías subdesarrolladas del Sur estigmatizado por carencias vitales. Ese contraste dramatizado por la Izquierda volvería impúdica toda mención al postmodernismo en América Latina. Un postmodernismo solidario de las reverberaciones de mercado del abuso neoliberal

que por lo tanto escandaliza la moral latinoamericana del subdesarrollo que le dio respaldo ético-revolucionario a la intelectualidad militante de los 60.

Es fácil sumar pruebas que acusen un no calce entre la realización autocentrada de la modernidad europea-dominante y sus precarias y frustradas transcripciones periféricas, o bien entre el cumplimiento-tipo de la dominante estructural del postmodernismo euronorteamericano y sus disonantes reflejos extraviados en la periferia. Pero esas pruebas no son razón suficiente para invalidar la pertinencia de un debate postmoderno en América Latina. La significatividad de ese debate no se limita a que una concordancia de procesos sirva de garante referencial para autorizar la traducción por simetría de experiencias¹. Lo postmoderno como *registro* (y no como fase) zizaguea más acá y más allá de la comprobación de que un nuevo "orden de cosas" busca desplazar y reemplazar la secuencia finita de lo moderno. Modernidad y postmodernidad ganan en ser leídas no como *etapas* en una lógica temporal de sucesiones históricas, sino como problemáticas de lectura y relectura de los vocabularios (en crisis) de la razón universal. Lecturas retrospectivas e *introspectivas* de la modernidad que disparan las energías histórico-culturales de cada entrechocamiento de contextos hacia direcciones no calculadas por la programación lineal de una sola racionalidad histórica. Lecturas heterodoxas de la modernidad que cambian los acentos (y las tendencialidades) de la configuración historia-progreso-sujeto-razón al redistribuir los énfasis de lo singular y de lo plural, de lo único y de lo múltiple, de lo centrado y de lo descentrado. Sin duda que el primer rendimiento crítico del tema postmoderno en América Latina proviene del acento disruptivo de estas relecturas que despliegan el escenario de las roturas y fraccionamientos de la racionalidad universal de la modernidad occidental-dominante. Escenario que permite rearticular tensiones reflexivas entre la modernidad dominante y los *otros* marginados de su abstracción racionalista (por ejemplo: "la infancia, la cultura de las mujeres, la experiencia de los vencidos y la de los límites"²).

Latinoamérica —orilla geográfica pero sobre todo *figura enunciativa* en el borde desvalido, no garantizado de los pactos hegemónicos— tiene mucho que aprovechar del cuestionamiento postmoderno a las jerarquías centradas de la razón universal-dominante. Pretendo aquí subrayar dos de las reformulaciones postmodernistas (identidad/alteridad, centro/periferia) que desafían el pensamiento latinoamericano tradicional con sus nuevas articulaciones críticas.

REFRONTERIZACIÓN I: IDENTIDAD/ALTERIDAD

La modernidad diseñó "el gran tablero de las identidades claras y distintas que se establece sobre el fondo revuelto, indefinido, sin rostro y como indiferente, de las

¹ Me parece más estimulante tratar la cuestión con la siguiente libertad de criterios: "¿Que ventajas o problemas presenta la inscripción de una determinada sensibilidad (latinoamericana) en el registro de lo "posmoderno"? ¿Resulta acaso un concepto útil y operativo, o se trata sólo de una moda compulsiva por estar "terminológicamente" al día?"

¿Los diferentes ámbitos del horizonte "post" son acaso solidarios entre sí? ¿La presencia de una estética posmoderna operando en nuestro medio implica acaso que vivimos un contexto posmoderno o posindustrial, desde el punto de vista de la teoría social? ¿Se puede hablar de posmodernismo en un país en que todavía persisten enclaves premodernos? O decir que vivimos una condición posmoderna cuando esta sensibilidad es sólo una entre otras".

Bernardo Subercaseaux, "Nueva sensibilidad y horizonte 'post' en Chile", en "Modernidad y Posmodernidad en América Latina", Nuevo texto Crítico N° 6 (Stanford University, 1990).

² CHRISTINE BUCI-GLUCKSMANN, *La maison baroque* (Ed. Galilée, 1984, Paris).

diferencias³ para separar lo Mismo (la conciencia autocentrada de la racionalidad trascendental) de lo Otro: la negativa y clandestina heterogeneidad de los reversos —locura, muerte, sexualidad, etc.— censurados por el Logos universal. La metáfora ajedrecista del partido en blanco y negro ilustra el reparto dualista de las identidades en relación de contrarios que ejecuta la modernidad, para separar lo claro (lo distinto) de lo oscuro (lo in-distinto). Para de-limitar el orden de la razón protegiéndolo contra el des-orden (la confusión) de la no razón o sin razón. Toda una cadena de enlaces por similitudes y analogías teje parentescos de inclusión (lo Mismo) y exclusión (lo Otro) que divide los sujetos entre los representantes de lo luminoso (lo humano, lo cristiano, lo europeo, lo civilizado, lo masculino) y los representantes de lo tenebroso (lo animal, lo pagano, lo indio, lo salvaje, lo femenino). El racionalismo clásico segregará en sus márgenes o pliegues todo lo que no se ajusta al modelo de identidad-semejanza que le da homogeneidad a sus categorías de cultura, sujeto y lenguaje: categorías transparentes a sí mismas y autofundadas en un discurso de autoridad para el cual el Centro simboliza la Totalidad.

La fragmentación postmoderna deriva de la crisis de sistematicidad de los conocimientos enteros y de las verdades finitas de la razón única de la modernidad occidental-dominante. Ese estallido postmoderno hace pedazos las imágenes de totalidad y las representaciones del Todo que le servían al pensamiento logocéntrico de Occidente para reprimir singularismos y particularismos en nombre de la razón abstracta-generalizante de la modernidad universal. Es cierto que la crítica postmoderna al legado eurocentrista de la modernidad dominante se formula dentro del mismo perímetro de enunciados (el perímetro de la cultura metropolitana) que había forjado la tradición de ese legado reservándose la exclusividad de sus privilegios. Pero así y todo, esa crítica puede ser reafirmada por nosotros en un gesto que combine el reclamo anti-hegemónico de la periferia con la interpretación de las fisuras generadas dentro del sistema de autoridad cultural del pensamiento central. Discernir, en medio del flujo de proposiciones que viene de la cultura metropolitana, aquellas ya orientadas hacia la puesta en discusión de sus vicios de tendencias⁴, es una habilidad selectiva que favorece a la periferia dándole materia para *reintencionalizar* el significado de las fallas del centro. En tal sentido, “este disolverse de la representaciones modernas, de sus relatos patriarcales”⁵ tematizado por la postmodernidad, estimula la construcción de formas alternativas y disidentes de pensamiento cultural a cuya virtualidad contestataria la periferia no debe renunciar bajo pretexto de que su diseño ha sido teóricamente planeado desde el centro. La problemática postmoderna de lo “otro” (de lo diferente) es una problemática que podemos rearticular en una nueva poética y política de los márgenes que vaya empujando las voces subalternas y descentradas a tomarse por asalto el canon de la autoridad cultural —cualesquiera sean sus representantes y sobre todo cuando son los engañosos portavoces de esa “marginocentralidad esteti-

³ MICHEL FOUCAULT. *Las palabras y las Cosas* (Siglo XXI, 1976, México).

⁴ “La tendencia *independentista* que hemos señalado como rectora del proceso cultural latinoamericano, siempre ha tendido a seleccionar los elementos recusadores del sistema europeo y norteamericano que se producían en las metrópolis, desgajándolos de su contexto y haciéndolos suyos en un riesgoso modo abstracto”. Ángel Rama, “Transculturación narrativa en América Latina” (Siglo XXI, 1982, México).

⁵ NICOLÁS CASULLO. *Modernidad, biografía del ensueño*. prólogo a “El debate modernidad/postmodernidad” (Punto Sur, 1989, Buenos Aires).

zante”⁶ que abunda en los textos del postmodernismo internacional. Pese a las maniobras asimilativas del postmodernismo oficial que busca reducir lo “otro” a un simple decorado multicultural, los conflictos de puntos de vistas desatados en el centro por los actores de las nuevas prácticas sociales que denuncian y contestan las narrativas dominantes de la cultura superior (blanca, masculina, letrada, metropolitana) lograron inflexionar nuevas posturas culturales en las cuales apoyarse para desestabilizar el repertorio de la autoridad. El potencial crítico de estas nuevas posturas sublevadas contra el régimen de captura institucional, debe ser aprovechado y reinterpretado por la periferia cultural en su disputa contra las reterritorializaciones del centro.

El giro destotalizador de la postmodernidad que fracturó la lógica de lo Uno ha llevado lo *diferente* a multiplicarse y a desmultiplicar la figura de lo Otro en “otros” ya no exteriores sino transversales al sistema cultural dominante. La multiplicidad diferencial de estos “otros” des-funda las mitologías fundantes del Otro en las que la cultura latinoamericana fue tallando sus emblemas de identidad-propiedad.

La problemática del sujeto colonial releva de un gesto doble: el gesto colonizador de asignar identidad según la norma occidentalizada de lo Mismo (la identidad por imposición) y el gesto anticolonialista de re-afirmarse desde la negación (la identidad por oposición). El trazado en negativo de la figura del Otro delineada por la cultura dominante es reinvertido por el sujeto colonial en contra-identidad, sin salirse de la tendencia logocéntrica a “dicotomizar el continuum humano en contrastes nosotro-ellos y a esencializar el “otro” resultante”⁷. La esencialización de sí mismo como el Otro de la colonización a la que recurre el sujeto colonizado en una pose invertida, su búsqueda esencialista de una identidad profunda y verdadera (auténtica) sellada por un mito de origen, intentan reparar el vacío que deja la falta de lo “propio” en culturas de la ajenidad: en culturas del préstamo hechas de sustitutos que acusan el déficit de originales y originalidad. Un déficit que Latinoamérica supo compensar con la hiperretorización de la *copia* como alegoría de su arte del travestismo cultural. “La ambivalencia del discurso colonial”⁸ se trama en ese juego de imágenes (identidades-identificaciones) librado entre *ser* y *parecer*. Juego dramatizado por el pensamiento cultural latinoamericano que siempre se debatió entre *sustancia* (la raíz indígena como fundamento ontológico de una identidad-propiedad) y *apariciencia* (el retoque metropolitano de la máscara como artificio de una identidad prestada). Todo el discurso continental de la búsqueda y definición de la “identidad latinoamericana” permaneció largamente cautivo de ese esquema maniqueo que contraponía lo interno (lo profundo) a lo externo (lo superficial), lo auténtico (lo nativo) a lo postizo (lo foráneo), lo puro (la naturaleza virgen) a lo contaminante (el vector-progreso). Todas las controversias que animaron la historia de las ideas en América Latina llevan la huella de esta contraposición entre regionalismo y cosmopolitismo (la polémica del modernismo y de las vanguardias latinoamericanas), entre nacionalismo y extranjerización (la discusión sobre modernidad y el enfrentamiento tradición-mercado). Contraposición articulada por el eje centro-periferia con sus teorías de la dependencia cultural y de la lucha antiimperialista, y por el eje Primer Mundo-Tercer Mundo con su mito de la resistencia

⁶ GEORGE YÚDICE. *El conflicto de postmodernidades* en Nuevo Texto Crítico N° 7 (Stanford University, 1991).

⁷ James Clifford citando a Edward Said en “The predicament of culture” (Harvard, 1988, USA). (La traducción es mía).

⁸ Estoy citando el título de un artículo de Homi Bhabha “Of Mimicry and Man: The ambivalence of Colonial Discourse” en october 28 (1984, Nueva York).

a la expansión del capital desde zonas que románticamente se fantasean como aún libres de sus tráficos.

La desconstrucción postmetafísica del pensamiento de la "identidad" trae reformulaciones que desafían en más de un sentido el imaginario latinoamericano de lo "propio" confrontándolo a los procesos de desintegración y heterogeneización de los registros de identidad cultural. Anticipándose a la revalorización postmodernista de lo heterogéneo, una cierta reflexión latinoamericana⁹ había ya pensado la modernidad periférica como *collage* de pasados y de presentes que mezclan signos relativos a memorias y experiencias disjuntas: "tradiciones indígenas, hispanismo colonial católico, acciones políticas, educativas y comunicacionales modernas"¹⁰. Esas mezclas inestables, en constantes recomposiciones de texturas sociales y densidades históricas, superponen y juxtaponen espacios, tiempos multiestratificados por tendencias en discordias que fueron modelizando los procesos de hibridación, sincretismo y mestizaje de la cultura latinoamericana. Los disparates de esa modernidad periférica con sus injertos y trasplantes de signos nunca uniformes, ya ponían el acento en relecturas de lo latinoamericano que destacaran la *mezcla* como argumento a favor de una identidad múltiple, cruzada por fuerzas disímiles. Lo que hace el postmodernismo es subrayar —reacentuar— las expresiones culturales que derivaron de estas mezcólanzas y revolturas de signos compuestos por sedimentaciones varias. Expresiones de cómo "en América la aspereza brutal de lo moderno tomó más bien la forma del collage, del montaje, de la hibridez"¹¹. Esta reacentuación postmodernista de lo heterogéneo nos sirve desde ya para rebatir el pensamiento metafísico del *ser* que le sirve de fundamento al sustancialismo latinoamericano del Origen: un pensamiento que mitologiza y folcloriza el pasado (raíces, fuentes) como guardián de una identidad prefijada. Ese tradicionalismo fundamental de lo "propio" que arcaíza la memoria en cuanto vuelta a los orígenes, desconoce que lo "nuestro" es producto de una interrelacionalidad dialógica que cruza múltiples y cambiantes registros. La identidad no es el depósito ritual de una verdad fundante (trascendental) en cuyo núcleo replegarse en búsqueda de *un* sentido de pertenencia. Es una construcción móvil que se va formando y transformando según las dinámicas de choques o alianzas que protagoniza el sujeto en circunstancias siempre variables. Desde tal perspectiva, la "autenticidad" no puede ser sino el producto creativo de una mezcla de pasados y presentes seleccionados en función de alternativas de futuros, armando citas que dialogizan lo Uno (lo propio, lo nuestro) poniéndolo en tensiones con la variedad de repertorios *otras* con los que establece relaciones de préstamo y negociación¹². Aunque la transculturación haya desde siempre modelado la cultura latinoamericana como zona de sustituciones y apropiaciones, su retórica de la identidad "híbrida, relacional, apropiatoria"¹³ quedó muchas veces desplazado por el mito esencialista de una identidad-propiedad que demandaba la fijeza del origen para certificar el ser. La refutación postmoderna de la sacralización del origen como presencia trascendental (archi-referencia) deshi-

⁹ Ver en particular: José Joaquín Brunner, *Un espejo trizado: ensayos sobre cultura y políticas culturales* (Flacso, 1988, Santiago de Chile) y Néstor García Canclini: "Culturas híbridas (estrategias para entrar y salir de la modernidad)" (Grijalbo, 1990, México).

¹⁰ García Canclini (ibíd.).

¹¹ NICOLÁS CASULLO en *Posmodernidad de los Orígenes* (Nuevo Texto Crítico 6).

¹² "Metaphors of continuity and 'survival' do not account for complex historical processes of appropriation, compromise, subversion, masking, invention, and revival". Clifford (ibíd.).

¹³ GERARDO MOSQUERA en *El Síndrome de Marco Polo* (I Encuentro sobre Teoría de las Artes Visuales. Caracas, 1992).

nibió esa retórica que teatraliza la identidad como si ésta fuera un *montaje* en el que los sujetos culturales fragmentan y recombinan el set de imágenes que mezclan el “nosotros” con “los otros”.

REFRONTERIZACIÓN II: CENTRO/PERIFERIA

Tal como la Identidad pensó a la Alteridad en términos de exterioridad, el Centro pensó a la Periferia en términos de *distancia*. La Modernidad administró el orden político-social y reguló los intercambios geográficos poniendo en juego la facultad del Centro para crear distancias, mantener a distancia, controlar las distancias. El modelo cartesiano-perspectivista de la Modernidad hizo girar la comprensión del mundo alrededor de un punto de ventaja llamado Centro: punto que sintetizaba una plenitud y coherencia de valores, y que racionalizaba el dominio sobre el espacio normando proximidades y lejanías desde el estar situado *al medio* del campo de visibilidad y representación. Desde el centro como punto de mayor reconcentración del sentido (luz), la periferia (sombra) era concebida como borde de indefinición. Su alejamiento del medio significaba la degradación simbólica de una pérdida de nitidez: de una caída hacia lo irrepresentable. El Centro simbolizaba el paradigma de autoridad que la periferia debía traducir respetando su valor de *original*: de texto fundante y cifrado por una verdad única.

La postmodernidad trae varias redefiniciones que modifican el esquema centro/periferia de la modernidad. Citemos una primera de ellas: la interdependencia planetaria de las redes de satelización de lo real hace que la puesta en contacto generalizada de todos los espacios-tiempos confunda las distancias difundiéndose la impresión de que las “múltiples imágenes, interpretaciones y reconstituciones” de la realidad que distribuyen los media hoy actúan sin ninguna “coordinación central”¹⁴. Otra redefinición proviene de las filosofías de la deconstrucción que rebaten el mito de la *presencia*: del signo transparente a sí mismo en representación teológica de un significado primero y trascendental. Filosofías que desacreditan el supuesto metafísico de la pureza originaria del sentido consignado en la unicidad del Original y que desorganizan entonces la relación Modelo-Copia del imaginario latinoamericano de la reproducción cultural que subordinó la periferia al centro.

Las nuevas teorías del poder (desde Foucault hacia adelante) rompieron con su topografía de referente centralizado —localizado en un centro visible— para describir ahora ese poder como red fluctuante de puntos dispersos en los que se intersectan antagonismos múltiples y relaciones plurales de enfrentamiento. Esta diseminación postmoderna del poder hace que centros y periferias se redibujen como funciones multisituadas y no como localizaciones fijas. El Centro se ha desmultiplicado en funciones-centro que se corren de lugar a medida que los mecanismos de autoridad requieren trasladar sus enunciados de una frontera de control a otra. Pero ese nomadismo del poder no significa que se hayan disuelto las marcas que grafican la desigualdad en el mapa postcolonial.

Sabemos que las ubicaciones de centro y periferia escapan hoy al simple realismo geográfico de la contraposición Norte-Sur, para subdividirse y remultiplicarse en segmentaciones transversales que recrean “Un Tercer Mundo en cada Primer Mundo” y un “Primer Mundo en cada Tercer Mundo”¹⁵ entrecruzando sus ejes de dominación-

¹⁴ GIANNI VATTIMO en *La sociedad transparente* (Paidós, 1990, Barcelona).

¹⁵ Citado por Trinh T. Minh-ha en “Of other peoples; beyond the ‘salvage’ paradigm” (“Discussions in contemporary culture” edited by Hal Foster-Dia Art Foundation, 1987, Nueva York).

resistencia. Pero así y todo sigue predominando como mayor línea de fuerza el trazado euronorteamericano. La teoría postmodernista es agenciada por ese trazado que articula discursos y recursos académico-institucionales en beneficio de los directos representantes de su "American International" (Huysens). Articulación lo suficientemente discriminatoria como para desmentir la creencia ingenua de que la teoría postmoderna tiene la "elasticidad internacional" de "una teoría para un mundo postcolonial de productos hechos y vendidos en diferentes lugares sin un centro" parecida a "un supermercado de ideas que pueden ser ensambladas por cualquiera"¹⁶. Dicha creencia supone: 1) una fluidez de circulación tal que anule las distancias, y 2): que la "disponibilidad" de un material cultural sólo depende de que esté físicamente al alcance del consumidor de textos. Pero nosotros sabemos que cualquier periferia (por ejemplo, Chile) experimenta el efecto desvinculador del estar ubicado en un lugar de la red de intercambios alejado de los centros de decisión y control internacionales. Sabemos también que la disponibilidad de un material cultural —por ejemplo, un fragmento de la teoría postmodernista— depende en realidad de que se lo libere de las sobreterminaciones de lectura que influyen su manejo según preferencias metropolitanas. Ambos atributos de fluidez y disponibilidad de circulación-refuncionalización culturales siguen siendo privativos del centro que representa el área de mayor condensación signíca, de mayor densidad circulatoria y transaccional de las significaciones en uso.

Lo "marginal" que siempre había tenido la connotación de lo descartado o excluido por el centro, es hoy resemantizado por el léxico postmoderno de la crisis de centralidad —una crisis formulada y promovida desde los centros de producción teórica internacional. Esto es el nuevo dato postmoderno que complica la relación centro/periferia reconvertida en centro-descentramiento/periferia. Ese dato exige redoblada vigilancia en torno a los estratagemas del poder teórico que reinsertan lo marginal (lo descentrado) dentro de las exclusivas y excluyentes fronteras del pensamiento metropolitano. Como si bastara con debatir sobre la otredad para sentir que se pluralicen las fronteras del debate. O —más crudamente— como si el debate sobre lo otro sirviera para "esconder y encubrir el poder de las voces y los movimientos de los Otros"¹⁷. Para que la dimensión de apertura hacia los "otros" del discurso postmoderno sea igualitarista y democratizadora, hace falta que la teoría postcolonial no se contente con tomar la palabra en representación de la alteridad —aunque sea con la buena intención de mediar su participación en el circuito académico de Estados Unidos. Hace falta que renuncie a ciertos privilegios de delegación-representación (hablar en lugar de, en nombre de) dejando que la alteridad se hable a sí misma y quiebre la autorreferencialidad del debate metropolitano con voces de otras partes. Voces que se autosignifiquen desde la periferia pero que no se contente con ganar un lugar dentro del concierto de voces de la diversidad sin a la vez resignificar ese lugar: sin pretender traspasar su polémica a las formas que organizan el reparto metropolitano de las teorizaciones culturales sobre la periferia.

¹⁶ JOHN RAJCHMAN en *Postmodernism in a nominalist frame*. Flash Art N° 137 (1987-Nueva York). La traducción es mía.

¹⁷ "Interview with Cornel West" en "Universal Abandon?" editado por Andrew Ross (Minnesota, 1989).